

El breviario del Padre Albornoz

El viejecito aspiraba rapé y decía siempre: «hace ya mucho tiempo, hace ya mucho tiempo».

GOGOL

ME llaman Diego Albornoz. Soy cura de la iglesia de San Silvestre, en el pueblo de Las Colinas. Es éste un pueblo tranquilo, adormecido en una quietud imperturbable. Ningún ruido destruye el silencio de las calles pequeñas, salvo el repique de las campanas, cuyo oficio es comunicar a los vecinos la hora transcurrida y el turno distinto de las misas. Me olvidaba: La estación del Ferrocarril agrega a mis campanas un silbato poco frecuente.

Yo soy lo que se dice un buen hombre, y mi alma, adormecida como esa villa, no es muy vanidosa. Es limitada en sus anhelos y nunca se apartó de los senderos de la más perfecta humildad. No tuve deseos demasiado violentos ni tristezas demasiado profundas. Debo añadir—y lo anoto como deficiencia de mi vida eclesiástica—que jamás dominóme esa alegría aconsejada por los escritores sagrados para mantener el corazón en la certidumbre de Dios. Mantúveme en un término medio monótono. No llegué al regocijo, pero tampoco turbó la serenidad de mis días ningún dolor agudo, de esos que concluyen en raptos de crisis. Ne he hecho grandes beneficios... Y este pueblito es el reflejo de mi vida toda. Quieto, indiferente bajo el azul suntuoso del cielo, cabe en sus callejas sin plan y en sus edificios sin gracia, la historia de mi espíritu, la biografía invariable de mi existencia, que se desliza en el sigilo de la paz rural, entre los intereses mediocres de mi feligresía y las recreaciones ingenuas determinadas por un fastidio no menos mediocre. Si yo escribiera mis memorias describiría un aburrimiento apacible de treinta y cinco años. Durante este tiempo he envejecido como las casas que circundan la diminuta iglesia de San Silvestre, cuyas paredes han perdido ya el color rojo de los ladrillos que se convertía en llamas cuando el crepúsculo las envolvía. Llegué aquí teniendo veinte y cinco años, con el pensamiento de quedarme un par de meses. He cumplido sesenta y aún permanezco aquí. Ya no soy aquel joven clérigo a quien atribuyeron a su llegada historias inverosímiles. Ahora soy un viejecito arrugado, a quien todos se confían y todos conceden su estimación.

—Ahí viene nuestro cura—dice la viuda del boticario a su hija.

Para cada uno soy ahora «nuestro cura», es decir, un objeto común, inofensivo y habitual. Así vivo, imperturbable en mi melancolía como la quietud de *Las Colinas*. Espero con resignada paciencia mi última hora, y cuando descienda al sepulcro, bajo la bendición de un sacerdote forastero y las miradas de mis feligreses, la gente ignorará que esa vida ocultó en su monotonía beatífica el recuerdo de

una palpitación, de un soplo que se extinguió, como se extingue en la calma de las tardes plácidas el repique de las campanas amigas. Es un episodio que nadie conocerá y llevaré este secreto conmigo, cuando mis huesos sin médula descansen de esa existencia exenta de azares.

Mi único confidente es el breviario, viejo como yo, cuyas tapas, de un tono benigno, ocultan en su interior el testimonio de una huella mundana. Cuando me acuerdo, retorno a los días lejanos de mi juventud y un aroma endulza mi vejez. Sin duda, yo obré como un sacerdote digno. Sin

I

*Maestra! después de Dios
y de nuestros padres, que
nos brindaron vida y fe,
lo debemos todo a vos.*

*Lleváis la pesada cruz
del duro trabajo; pero
nos guiáis por buen sendero
y nos hacéis ver la luz:*

*Esa luz que es la verdad,
luz de suma excelcitud,
esa luz que es la virtud,
luz de eterna claridad.*

*Maestra! pues os queremos,
hay justicia; en nuestro ser
el vuestro infundís; y al ver
lo bastante que os debemos,*

*Os damos el corazón,
nuestra alma pura y serena,
nuestro afecto e ilusión,
toda esa larga cadena,
eslabón por eslabón.*

*Cadena de flores es
esa que nos junta a vos,
antes la bendijo Dios
y nos juntamos después.*

*Y vos, con halagadores
consejos que nos brindais,
más afianzáis y afianzáis
esa cadena de flores.*

II

*Maestra, vuestro natalicio
hoy celebramos; que el cielo
os dé aliento, os dé consuelo
en vuestro santo ejercicio.*

.....

Poesía escrita para que las alumnas del Colegio de Señoritas de Granada felicitaran a su Directora, señorita Emilia C. Day, en el día de su natalicio.

Publicada en el *Diario Nicaragüense* y reproducida en *El Irazú*, de 10 de octubre de 1884. Nos la remite nuestro delicado poeta don José M. Alfaro C., a quien Darío saludó en una tarjeta de visita en esta estrofa:

*Al joven vale que en vecinas playas
Rinde al arte tributo,
Con noble inspiración y grande anhelo,
Envío con el alma mi saludo.*

RUBÉN DARÍO

24 de diciembre de 1884.

*En el líquido cendal
de los cielos hay estrellas
y entre las campiñas bellas
hay frescor primaveral;*

*El cielo de vuestra vida
se pueble de astros, su lumbre
ahuyente la pesadumbre
de la noche entristecida,*

*Y en felicidades mil,
como nuestra alma desea,
que vuestra existencia sea
una campiña de Abril.*

III

*Enseñar a la mujer
es obra excelsa, lo hacéis,
gozáis y os satisfacéis
al cumplir vuestro deber,*

*Sobre vuestro corazón
y la mente que trabaja,
santa luz del cielo baja
en forma de bendición.*

*Tiernas niñas, somos flores
nacidas en el verjel;
no había sol, y sin él
lucimos tristes colores;*

*Pero surgió el astro un día
y alzamos la limpia frente;
al recibir derrepente
luz, aroma y lozanía;*

*Brilló el naciente arbol
de ese sol que dió fulgores:
nosotros somos las flores,
Maestra, y vos sois el sol.*

RUBÉN DARÍO